



Qui Tea  
Escribe



# **Concurso de relato corto “Guinea escribe”**

**Premio literario Fundación Martínez**

**Editorial Cartonera**

*Concurso de relato corto “Guinea escribe”*

Fotos: Gloyer Matala

Encuadernación: Asociación ASAMA

Encuadernación Malabo: Clara Buatiche , Casiana Nchama,  
Macarena Oki, Laura Ondo, y Gertrudis Ribado

Colaboración: Araceli García y Susana Ramírez

Impresión: Bata y Malabo

Mayo 2017

## Nota previa

La Fundación Martínez Hermanos colaboradora y patrocinadora del Concurso de relato corto “Guinea escribe” - Premio Literario Fundación Martínez .

Creada en 2013, la Fundación tiene como objetivo promover el desarrollo social a través de diversas áreas entre las que se encuentra la educación y la cultura, así como fomentar cambios de actitud y de valores que supongan un mayor compromiso de todos en la mejora de la sociedad.

## Prólogo

Los Centros Culturales de España en Bata y Malabo organizaron con motivo de la semana del Libro el Concurso de relatos cortos “Guinea escribe” - Premio literario Fundación Martínez con el objetivo de fomentar la lectura y la escritura entre los jóvenes ecuatoguineanos.

En Bata se presentaron 57 relatos cortos, mientras que en Malabo fueron 61. La final tuvo lugar el día 29 de abril y se otorgaron premios a los tres mejores de cada Centro.

Esta publicación recoge los 6 mejores relatos de ambos Centros Culturales y busca servir de reconocimiento y promoción a estos jóvenes escritores.

Por otro lado, cabe destacar el formato de esta edición, realizada con cartones reciclados y telas africanas. Un trabajo conjunto llevado a cabo por los alumnos de los talleres de “Autoediciones cartoneras” impartidos en Malabo y Bata por Araceli García, bibliotecaria de la AECID, y Susana Ramírez, profesora de la Universidad Complutense.

Este proyecto cartonero se enmarca en otras iniciativas similares surgidas en América Latina y España, y más en concreto, en la editorial cartonera de la AECID, “Princesa Cartonera”.



## Índice

“Algo ha cambiado en mí” - Pedro Santos Mbá	09
“Insurgencia” - María Reina Gerona	23
“Los aldeanos que no dejaban escrito nada de sus poblados” - Francisco Ballovera	30
“Un triste recuerdo” - Armando Óscar Mbá	35
“El hombre de mi vida” - Esperanza Laplata	44
“La triste realidad” - Juan Sima	55

# Algo ha cambiado en mí

Pedro Santos Mbá Mbá Da Silva

## 1º premio CCE Malabo

Aquel día no fue especial para Biko; todo era gris como siempre. La imagen del colegio se le venía a la mente y no podía más que pensar en lo diferente que había sido siempre, desde que su padre murió en el incendio de una biblioteca. El pobre no se dio cuenta de la alerta porque estaba absorto en la lectura de un libro y con los auriculares puestos al máximo. Cuando se dio cuenta de la situación ya era tarde, tan tarde como que se le cayeron encima varias estanterías de libros ardiendo.

Nunca se supo la procedencia del fuego, ni siquiera se investigó. Biko nunca supo a quién echarle la culpa, aunque tampoco pensaba en eso, sólo era un niño de nueve años que había perdido a su padre desde hacía ya un año y no se recuperaba. Biko siempre fue un niño tímido e introvertido, pero tras lo de su padre

casi era un misántropo. Creía que su padre había muerto de forma estúpida, lo odiaba por eso, pero al mismo tiempo lo echaba de menos. Tenía un espíritu confuso y perturbado, demasiado para un niño de su edad.

A veces, Biko faltaba a la escuela simplemente porque le daba la gana, porque estaba harto de verles la cara a todos: sus compañeros, sus maestros, el personal, los mismos con los que se cruzaba cada día, etc. Pero aquel día estuvo ahí, no por alguna razón especial, sino porque era huero para él. Claro que su mamá sufría por eso, porque no se trataba de un adolescente en la edad del pavo, sino de un niño que se estaba perdiendo lo más importante de su vida: la diversión infantil, la alegría, la inocencia del desconocimiento de la realidad, la oportunidad de labrarse el mejor futuro posible entre los que lo rodeaban, sus compañeros, sus maestros y su familia. Sin embargo allí estaba, sentado en un viejo y deteriorado banco en un triste, desolado y pequeño parque, camino de casa, como si no quisiera llegar nunca. Estaba pensando en la absurdidad de la dinámica de la escuela: los compañeros jugando a todo rato, saltando y riendo, burlándose de él o simplemente ignorando su presencia; los maestros dando lecciones sobre cosas que no entienden, insistiendo en querer saber acerca de la vida de los alumnos; la interacción entre todo el mundo, etc. Todo le causaba una aversión que en realidad escondía una envidia, tristeza y autocompasión. Lo pintaba todo de gris en sus profundos pensamientos.

La sociedad que lo rodeaba y en la que vivía nunca tuvo cultura de cautelosa; es decir, el cuidado y la sanidad en los alimentos a nivel nacional eran un desastre, por lo que, con el tiempo, su madre contrajo un cáncer de estómago. Nelson Bikoro era joven, pero había aprendido a entender las indirectas y las ironías, por lo que se lo figuraba todo.

Bikoro se sentía solo y vulnerable, aunque pretendía evadirse y hacer como que podía con todo, estaba tan inmerso en esa mentira que hasta había llegado a convencerse a sí mismo de que las cosas marchaban bien. Ya echaba de menos a su madre estando la pobre todavía en vida, pero con todo, Biko se cerraba en banda y alejaba al mundo de sí. La enfermedad de su madre estaba en la primera fase, no afectaba a su actividad social, pero se había gastado todo lo que tenía de dinero en unos tratamientos que poco servían; los médicos le habían recomendado irse al extranjero porque el problema tenía difícil arreglo en su localidad, aparte de que no había medicamentos. Había probado incluso con las hierbas y los tratamientos tradicionales. La pobre había perdido su trabajo de agente de viajes en una empresa y por suerte había encontrado sitio como moza de limpieza en un pequeño hotel. Había asumido el declive de su vida y no esperaba que nada mejorase para ella, si acaso para su hijo, a quien iba a dejar con su madre o su hermana cuando ella ya no estuviese.

Así de triste era el mundo de Biko, al que él se empeñaba en pintar más de gris. Y en todo eso, y a la

vez en nada, estaba pensando sentado en el triste banco del parque cuando se le acercó una joven que dejó fluir un suave hilo de voz de su garganta: - ¡Hola!... ¿Qué tal?

Biko ni se dio cuenta de que tenía delante a una muchacha guapísima. Era una chica negrita y brillante como las hojas del ébano en sus años juveniles. Aunque parecía tener la misma edad que él, tenía once años y en sus labios esbozaba una leve sonrisa tan encantadora como para atraer a los animales y hacer andar a las flores, haciéndolas arrancarse del suelo y arrastrarse hasta ella. Su pelo, corto como el de un chiquillo, era una confusa mezcla entre el marrón y el negro y estaba alborotado como si nunca hubiera conocido un peine. Nelson seguía absorto en sus pensamientos hasta que Alma, que así se llamaba la encantadora muchacha que se le había acercado, se arrimó hacia él y se sentó en el banco al tiempo que le preguntaba cómo se llamaba. - Mi nombre es Alma. ¿Tú cómo te llamas? -Le dijo la joven sin perder la encantadora sonrisa de sus labios.

Biko se asustó al sentir junto a él una presencia y volvió en sí al instante. Miró a Alma y por un segundo, un solo segundo, sintió salirse el alma del cuerpo y penetrar en lo más profundo del alma de ella a través de sus ojos. De pronto volvió en sí otra vez y se la quedó mirando; se levantó segundos después y se marchó a su casa.

Al llegar a su casa, Biko encontró a su madre

y la saludó con un frío, selecto e inocente buenas tardes y se fue directamente a su cuarto. Al atardecer se acercó a su madre en la cocina. Ésta le dio de cenar. Biko tomó el plato muy agradecido, pues le gustaba mucho esa espesa sopa de malanga con azúcar que su mamá había preparado especialmente para él. A ratos se le iluminaban los ojos cuando ponía la cuchara en la boca; se le olvidaba lo infeliz que era, o mejor, que había elegido ser, porque los problemas de Biko eran pequeñeces ante los de otras personas de su entorno, pues, así se estaba en esas regiones. Biko había perdido a su padre, su madre había pasado por dificultades y ahora iba a perderla. Mucha gente había crecido sin padres y no tenía tiempo de echarlos de menos, pues no se quedaba quieta y pensativa, otras cosas los distraían, pero Bikoro era especial, la realidad le afectaba, la realidad ajena le afectaba, su propia realidad le afectaba mucho más.

No era inmune ni indiferente a las vicisitudes de la vida, por eso las cosas cobraban otro valor ante sus ojos, la realidad era más intensa ante su mirada, la realidad era más real. Sin embargo, sólo se trataba de un muchacho, un joven apenas adolescente; lo único que explicaba la preocupación de Biko, teniendo en cuenta que era fácil recuperarse y tirar para adelante, sin traumas, en un lugar tan natural como este país, era el miedo; un miedo joven y prematuro por sí mismo y por los demás, un miedo resultado de una súbita pérdida de un ser querido que lo había cambiado todo repentinamente.

Un día temprano, de camino a la escuela, Alma se encontró con Biko. Éste avanzaba lentamente, como si no quisiera llegar; de hecho, ya estaba llegando tarde. Aquélla le animó a que se diera prisa porque si no, no conseguirían ni entrar en el colegio. Él la oyó pero no tenía intención de hacerle caso; la miró y después apartó la vista como quien tuviera miedo a las chicas. Alma aligeró el paso y se quedó junto a él, caminando despacito. Al cabo de un rato Biko le preguntó si no iba a entrar en clase, ella no le respondió. Biko, por su parte, se mostró curioso ante la nueva actitud de Alma, casi había bajado la guardia y había dejado de pensar sólo en él.

- ¿Por qué estás siempre triste? - Le pregunta por fin Alma.

- No estoy triste... No estoy triste -le responde tímida y vacilantemente Biko, después de unos segundos.

Alma no insistió y continuó caminando junto a Biko, pero no tardaron en desviar su rumbo para ir a distraerse en un parque. Alma se acercó a una charca ancha, de unos siete metros de diámetro, como resultado de la lluvia, y se puso a tirarle piedrecitas intentando que rebotaran sobre la superficie, pero no se le daba muy bien. Biko también se acercó con un aire heroico, como si fuera a enseñarle a Alma cómo se hace. Tiró varias piedras, pero no lo hacía mejor que su amiga. A Alma le pareció divertido y se puso a reír a carcajadas, se estaba burlando de Biko.



Por un segundo, Biko se sintió frustrado, pero en seguida tuvo una reminiscencia de algún momento divertido en sus mejores tiempos y se puso también a reír. Dio un empujoncito a Alma en el hombro sin que los dos dejaran de reírse; Alma le salpicó con agua sucia en la cara y Biko le devolvió la acción. En seguida se pusieron a correr, Biko detrás de Alma, como si estuvieran jugando al policía y al ladrón. El pequeño Biko había vuelto a pintar su mundo de colores, con su nueva amiga todo brillaba más. La verdad, Alma era la única que se había acercado a él en mucho tiempo y se había preocupado por él.

Ahora la hierba del campo tenía un sinfín de colores que no acababan de definirse, veía volar mariposas a su alrededor a medida que corrían y reían. Las mariposas eran de todos los colores, todos los tamaños y todas las especies. Podía sentir que el viento fuerte del temporal que venía del norte, como efecto del comportamiento marítimo, se tornaba en suave brisa campestre, cálida y aromática. Las copas de los árboles adoptaban todo tipo de colores excepto el verde; los colores variaban en tamaño y especie de árboles. Biko había idealizado a Alma, a pesar de su aguda percepción de la realidad; con su amiga se sentía bien, lejos de la realidad y agradable.

- ¡Mira, mangos! - Exclamó Alma al ver un árbol cargado de mangos.

- ¿Te gustan? - Le preguntó Biko.

- Sí. Mucho. ¿Y a ti?

- ¡Hmmm! -Biko hizo un sonido despectivo-. Prefiero la piña -terminó diciendo.

- ¡Bah! -Hizo Alma-. No está mal.

- ¡Que no está mal!... ¿Es todo lo que puedes decir de la piña?

- ¡Hmmm!...

Así establecieron una agradable discusión cuyo único fondo era afianzar más sus confianzas inconscientemente. Se reían, se perseguían, se ridiculizaban a ratos, se contaban cosas... Se habían olvidado por completo del paso del tiempo y de que iban a la escuela. Pasaron mucho tiempo debajo de un árbol mediano, contaron sus ramas, contaron sus hojas, contaron, incluso, las hormigas que tenía. Hubo un momento en que se quedaron tumbados bocarriba en la hierba, bajo el árbol, cabeza con cabeza y las piernas colocadas en sentidos opuestos. Estaban mirando el cielo a través de los huecos entre las hojas del árbol. Apenas se podía distinguir nada así, pero se estaban diciendo lo que creían haber visto en la profundidad del cielo. Pasaron así mucho tiempo, cuando Biko se puso a repetir varias veces en sí el nombre de Alma: Alma, Alma, Alma... De repente se dio cuenta de que ésta no conocía su nombre. Ella le había preguntado el nombre el otro día de regreso a casa, pero él no le había respondido. Su preocupación pasó a ser aquello entonces... ¿Cómo iba a hacer para decirle su nombre sin que quedara feo? Es que los niños de nueve años no van por ahí diciendo su nombre... Quería que su amiga, que había sido tan amable y tan cercana con él, supiera su nombre. Pero de repente oyó:

- ¡Mira, Biko, una estrella! -Dijo Alma al ver una estrella entre los huecos de las hojas del árbol, en el cielo profundo.

Mientras Biko caía en la cuenta de que su amiga ya sabía su nombre, lo que él no se explicaba; ella se daba cuenta de que ya había caído la noche. Eran ya las seis de la tarde y el sol se estaba poniendo; los rayos de sol se habían debilitado tanto que asomaban las primeras estrellas para los ojos más agudos. Alma alertó a Biko y juntos se pusieron en marcha, sin dejar de lado la diversión que los había llevado hasta allí. Se fueron a casa como habían llegado hasta el parque. Afortunadamente vivían en el mismo barrio, lo que Alma sabía y Biko ignoraba. Llegaron a una calle desestructurada, las casas se habían construido de forma irregular e individualmente, algunas simplemente eran viejas y antiguas, de un antiguo plan urbano. Los propietarios habían llevado a cabo reformas raras, no tenían más de dos plantas, en algunas de las plantas bajas había bares o abacerías. La carretera estaba en mal estado, con un montón de coches aparcados junto a las aceras que no servían para nada y otro montón de baches que sólo servían para desestabilizar a los que circulaban por allí. A menudo estaba húmeda porque los vecinos no paraban de echar agua sucia allí. La calle era perpendicular a otra que cruzaba de este a oeste; empezaba por ésta y seguía un curso hacia el Sur en una especie de cuesta que luego giraba hacia Suroeste y que no llevaba ningún lugar importante.

Biko y Alma se despidieron con un gesto típico y se dijeron adiós. Biko se quedó de pie mirándola entrar en un estrecho pasillo que se formaba entre dos de los pequeños y desestructurados edificios de la calleja.

A lo largo del pasillo había unos barracones que carecían de total estética; estaban en el peor lugar del mundo para ser viviendas, arbitrariamente distribuidas en espacio... Al cabo de un rato, Biko ya no podía ver a Alma; había entrado en algún lugar y había desaparecido. Justo en frente de la entrada del pasillo, al otro lado de la carretera estaba la entrada de Biko; éste entró por la puerta y subió unas escaleras hasta la planta de arriba, donde entró en la puerta de la izquierda.

Tanto a Alma como a Biko les cayeron unas broncas por llegar tarde a casa y por no haber estado en clase. Pero no les importó. Desde entonces iban y regresaban del colegio juntos, sin llegar muy tarde a casa, sólo lo aceptable. Biko había cambiado, se había olvidado un poco de su infeliz vida y un poco más de su padre. Cuando estaba en casa quería que se hiciera mañana en seguida para volver al cole con Alma, aunque también se veían en el barrio. Biko salía de casa más de lo que había salido antes. Su madre notó una nueva actitud sociable en él y descubrió la razón: Alma. Le gustaba que su hijo tuviera amigos, así sabía que no lo dejaba solo. Durante unas semanas, ésta fue la vida de Biko. Fue dándole color a las cosas que le rodeaban poco a poco, día a día, al poco rato se podía decir que la vida de Biko era una mezcla abigarrada de colores que sólo Alma y él sabían interpretar.

Un día Biko y Alma no pudieron ir juntos a la escuela porque ésta se había retrasado, entonces aquél tuvo que ir antes porque lo llevaba su mamá,

y habían quedado en que se verían en el colegio. Era uno de los nuevos días de Biko, diferentes a los anteriores, lleno de vitalidad y de ganas de caminar, correr, saltar, jugar, reír, olvidarse de la realidad, pintarla con los colores más prohibidos, en fin, era in día para que los dos se divirtieran Biko y Alma no hacían el mismo curso, pero aquél no paraba de mirar a la puerta por si alguien entraba o pasaba. Siempre esperaba que fuera Alma, pero nunca fue. Entró en su aula el Jefe de Estudios del colegio y fue derecho al maestro a murmurarle algo al oído y luego se fue. El maestro dejó escapársele un suspiro de piedad y en seguida su rostro reveló la pena que su alma albergaba. Les dijo a los alumnos que se irían a casa una hora antes porque el colegio había tenido una desgracia: un alumno, sin especificar el sexo, había muerto en un accidente de tráfico de camino a la escuela. Biko se alteró en seguida y salió corriendo del aula; fue directamente al aula de Alma, dos curso más que el suyo, dos puertas más hacia la derecha, a sexto; se quedó jadeando en mitad de la puerta, su sombra se proyectaba sobre todos los alumnos en el aula como si se tratase de un gigantesco monstruo en medio de un chaparrón en mitad de la noche, con los relámpagos intermitentes a su espalda, sudaba y parecía que se le iban a caer las lágrimas. Preguntó con autoridad desesperada por su amiga y sin que la maestra pudiera asimilar siquiera la situación le contestó que no había ido aquel día a la escuela.

El colegio estaba cerrado, pero Biko encontró la manera de salir y fue corriendo sin parar a la casa de Alma,

ya que su casa no estaba a más de un kilómetro del colegio. Al llegar a la casa de Alma ya le estaban cayendo las lágrimas de los ojos. Entró por el estrecho pasillo que daba a la calle y sin penetrar mucho encontró la casa de Alma, vio a su hermano y le preguntó desesperadamente por Alma.

-Está en el hospital. Ha tenido un accidente. Cuando iba...  
- sin quedarse a escuchar, Biko salió corriendo en dirección al hospital, dejó a su interlocutor con la palabra en la boca. Ahora lloraba exasperadamente, le habían confirmado lo que se temía. Cuando salía del pasillo que daba a la calle lo frenó su madre porque del colegio ya le habían advertido por teléfono de que su hijo se había fugado; ella se fue del trabajo para encontrarlo. Lo abrazó rápidamente porque vio que estaba llorando, él la correspondió con el abrazo y agudizó el llanto; no podía creérselo, había perdido a su amiga del alma. Se quedaron abrazados durante un minuto en el que casi contagiaba a su madre el llanto. Pero entonces oyó un suave y sutil hilo de voz:  
- ¿Qué pasa Nelson?

Alzó la mirada y vio la cara de Alma, envuelta en un resplandeciente halo blanco, con un fuerte fulgor amarillo. No podía entender lo que pasaba, creía que estaba en un sueño, la vio como el primer día, tan guapa, tan morena y tan brillante, parecía un ángel. Su madre también oyó la voz y se giró para ver a Alma. Fue entonces cuando el sol que se escondía detrás de Alma tuvo otra proyección para Biko y éste comprendió que realmente tenía a Alma delante, no era ningún ángel, era ella de verdad,

tenía la mano izquierda vendada. Biko la abrazó fuertemente y escurrió ansiosamente las lágrimas de sus ojos apretando los párpados. La madre de Alma, que venía de llevarla al hospital, se quedó allí de pie al igual que la madre de Biko. Ambas miraron a los niños, se miraron y se sonrieron. - ¿Qué te ha pasado en la mano? -Preguntó Biko secándose las lágrimas con las manos.  
-Me he hecho daño con la puerta del baño.  
- ¡Ah! ¿Ése es el accidente que has tenido?  
-Sí. No es nada -Dijo, finalmente, Alma con una encantadora sonrisa y más tarde le puso a Nelson al día de todo lo que le había pasado desde que se despidieron aquella mañana.





# Insurgencia

María Reina Gerona

## 1º premio CCE Bata

Nací rodeado de gritos, en un hogar herido por los continuos llantos y súplicas de mi mamá. A diario, resonaban por los pasillos de la casa el eco de unos golpes secos que, atravesando la puerta, entraban en un cuarto pintado de rosa y lleno de peluches con forma de ositos y de princesas Disney. Dentro de él, oculto entre la cama de madera y un ropero lleno de vestidos de hadas, se encontraba un pequeño cuerpo oscuro.

Aquel cuerpo, tembloroso y atemorizado, era el de una niña de tan solo ocho años. En su interior, se llevaba a cabo una gran lucha entre dos sentimientos opuestos que le oprimían el pecho y no la dejaban respirar. Por un lado, un inmenso amor hacia la figura paterna que, en su infantil memoria, recordaba como el más valeroso de los superhéroes, como el rey de un mundo encantado que sólo tuvo lugar en su imaginación.

Y por el otro, la figura de su mismo padre que, como una bestia, se lanza con furia sobre el delicado cuerpo de mamá y lo remata a golpes, cada vez más intensos, hasta que se detiene y se marcha, hecho una furia, en busca de otra botella de licor. Aquella criatura no entendía cómo se podía amar y odiar a un mismo ser. Ni comprendía el porqué del cambio tan radical que sufrió su papá. Sólo sabía que tenía que llorar, pero ya no le quedaban lágrimas. Sólo dolor y miedo que nunca remitían, sino que golpeaban cada vez más fuerte.

La niña, Maze, cerraba los ojos e intentaba ignorar los gritos. Cuando dormía soñaba que era feliz con su madre. No había llantos ni penas, estaban las dos en paz. Pero, de repente, se golpeaba de frente con la realidad y se sentía indefensa. Veía el peligro por todos los lados y, cuando se acercaba el tirano, su cuerpo entero reaccionaba paralizándola con unos incontrollables temblores. Las lágrimas brotaban sin control de sus ojos y mojaban su angelical rostro cubriéndolo con una transparente cortina de tristeza. Y, cuando el hombre se alejaba, ella seguía allí, inmóvil y llorosa, hasta que su madre acudía a consolarla.

Su padre nunca le atacaba a ella. Al contrario, la evitaba como si, entre ellos, hubiera una barrera de cristal. Él se limitaba a ignorarla intentando olvidarse de su existencia. Nunca la miraba de frente para no descubrir su reflejo de hombre miserable en las afligidas pupilas de una niña tan inocente. - "Dile a tu hija que aparte sus enormes ojos de mí, que

parece haber nacido con la mirada del diablo" -le decía a su esposa Mali, cuando encontraba la manera de comunicarse con palabras y no a golpes.

Maze sabía que alguien tenía que poner fin a ese infierno, pero nadie se atrevía. Pasaba el tiempo y el destino se demoraba en hacer cambiar las cosas.

El cambio llegaría años después, en la tarde de una semana de abril en la que no se escuchaba más que los incesantes golpes de las gotas de lluvia sobre el tejado. Ya estaba oscureciendo y el señor Mene no regresaba. Para su hija era un alivio, pero para su esposa era un indicio de que llegaría ebrio. Cuando él llegó llamó desde la puerta, como tenía por costumbre hacer. - ¡Mali, que ya estoy aquí!

Su esposa se sobresaltó al escucharlo y se asomó a la ventana para confirmar sus sospechas de que estaba bebido. Ella reaccionó al instante y le dijo a su hija: - Maze, quiero que te vayas a tu cuarto y te encierres dentro. Tu padre está un poco enfermo y debo cuidar de él. No salgas de allí hasta que te avise. Maze obedeció como tenía por costumbre, pero aquella tarde el ruido de la lluvia amortiguó el eco de los gritos de su madre, que no escuchó. Y, cuando ya no pudo aguantar la espera, abrió sigilosamente la puerta de su cuarto y caminó de puntillas por el estrecho pasillo que conducía a la sala de estar. Ahora, las gotas de lluvia golpeaban con más intensidad. No había nadie en el

vestíbulo de la casa y los cristales del candelabro, que colgaba del cielo raso, tintineaban en una alegre melodía. Todo le parecía más extraño que de costumbre. Fuera había anochecido y reinaba la oscuridad. Estaba temblando y le latía el corazón fuertemente. Escuchó ruidos que procedían de la habitación matrimonial.

Se dirigió hacia ella sin hacer ruido. Cuando estuvo enfrente de la puerta, la abrió de golpe. Al entrar, vio a su madre tirada, inconsciente, sobre el piso. Tenía moratones por todo el cuerpo y la cara desfigurada. Su padre, en ese instante, estaba dando un gran trago a una botella que tenía en su mano. Al terminar, dijo: - Yo soy la ley, soy el hombre, soy la voz, y quién se atreva a oponerse a mi voluntad será debidamente castigado. Tu madre no consigue comprenderlo y, mientras no cambie su actitud insolente, la corregiré las veces que sean necesarias, porque yo soy su esposo y, ante ella, soy la autoridad. Esta es mi casa y vosotras sois propiedad mía y con las dos haré lo que me plazca - Le comentó.

Al escucharle pronunciar estas palabras Maze no pudo evitar que dos grandes lágrimas se aventurasen por sus ojos. Pero, esta vez, no eran lágrimas de dolor, ni de rabia. Ya no estaba enfadada con su padre, ya no tenía miedo, ni siquiera odio. Ahora, aquel hombre que durante años la infundió terror, había perdido, para ella, toda la dignidad y, por él, no sentía más que pena. Lo miraba y se asombraba de que su madre y ella hubieran pasado tanto tiempo en darse cuenta.

Aquel hombre era un ser miserable que no merecía ningún respeto.

Maze, que iba a cumplir once años, se dio cuenta que no podía continuar viviendo de esa manera. Se limpió sus lágrimas de un manotazo y se acercó a él con toda decisión. No quedaba en ella ningún rastro del miedo que tantas veces la había inmovilizado. Se detuvo frente a su padre. Éste, dando un paso atrás, le chilló: - Tú, detente, ¿quién te dio el derecho de acercarte a mí? ¡Vete de aquí! ¡Fuera de mi cuarto! - Le gritó. - ¡Cállate papá! -protestó Maze con voz firme y decidida- ¿Crees que te tengo miedo? Estoy harta de vivir en este infierno en el que me has metido. Y todo por ser la hija de un hombre borracho, que sólo busca su destrucción y la de su familia. Pero, ¿sabes algo querido papá?, no dejaré que nos destruyas a nosotras también. Perdiste todo el respeto que tenía la primera vez que golpeaste a mamá. Si tú te crees que eres un rey y, como tú mismo dices, eres la autoridad, yo voy a ser la insurgente y me opondré a ti cuantas veces sean necesarias, hasta que mamá consiga alejarse de ti. Sabes qué, padrecito, esta vez pierdes tú. Y es la primera de una gran lista de otras veces que no te dejaré salirte con la tuya. -Maze no paraba de sudar. Después de estas palabras, la muchacha se quedó callada.

Estaba sorprendida de lo que le había dicho a su padre. Sorprendida y admirada. Pero más sorprendido si cabe estaba su papá. Se había quedado con la boca abierta. Parecía que la borrachera se hubiera esfumado

de golpe. Pasaron unos instantes que parecieron horas. Por fin, el padre agachó la cabeza y, murmurando entre dientes algo que no se entendió, salió de la habitación. Poco después, se oyó el ruido de la puerta de casa al cerrarse.

Aquella niña de cabellos rizados y ojos húmedos no se imaginaba entonces que, gracias a su imprevisto acto de rebelión, en tiempos futuros, su madre sería feliz.

Ella todavía no lo sabía, pero gracias al enfrentamiento de la muchacha con su papá, la madre sacó fuerzas para pedir ayuda profesional. Y, por fin, fue capaz de separarse de su esposo. Con el tiempo conocería otro hombre, Leovigildo, su futuro padrastro, con el que tendría cuatro hijos. Pero Maze no se olvidó de su papá. La niña de ojos de luna crecería con un papá arrepentido y sin las fuerzas necesarias para reconstruir su hogar.

La niña de piel morena, algún día, ya hecha mujer, recordaría lo ocurrido y lo contaría con una triste sonrisa en el semblante, a otra niña, una servidora, que, ahora narra la historia.

\* Nota de la autora: Esta historia está basada en hechos reales.



## Los aldeanos que no dejaban escrito nada de sus poblados

Francisco Ballovera Estrada

### 2º premio CCE Malabo

En ningún momento apreciaba nadie de los coetáneos de aquel poblado el arte de escribir, ni se preocupaban de dejar alguna línea escrita de la rica cultura, tradición y leyendas de sus aldeas. Era el poblado de Sanchagu y los pueblerinos presumían de sus amplias capacidades de retención. Llevaban en los genes el nato don de cantarlo todo sin ningún soporte escrito. Todo lo contaban de forma oral, y mientras cantaban y contaban, el viento y el pasar de los tiempos se lo llevaban.

Según comentan los lugareños de aquella aldea, no tenía sentido ni veían la importancia de dejar nada de sus historias y leyendas por escrito. Y siglos tras siglos, etapas tras etapas, estuvieron conviviendo así en dicho pueblo.

Una mañana, un muchacho de dicho entorno aldeano, llamado Mbalev, salió de su casa para ir a buscar agua de beber en el río. Llegado al lugar, metió su vasija y extrajo el agua. Pero antes de sacar su recipiente del



agua vio al otro lado de la orilla un muñeco muy bonito. Cruzó rápido y lo recogió. Lo llevó a casa y se lo enseñó a sus padres junto a otros amigos. Entró en su habitación y continuó apreciándolo para poder ponerle un nombre.

Resulta que no era simplemente un muñeco, sino un duende bueno; que cada noche crecía y crecía y... antes del amanecer cantaba una canción secreta y mágica, la cual le permitía volver a su tamaño normal. Asimismo, contaba cuentos y recitaba poesías de su librito mágico a Mbalev mientras dormía, sin que éste se diese cuenta, ya que... sólo se los dictaba el espíritu durante su ensueño. Al despertar, Mbalev llamó a su muñeco Pichiquito Anhelado Corazón Madrugado.

Sumido en dicha costumbre y corriente pueblerina por sus padres y los ancianos, pero nunca satisfecho, un día mientras dormía, el joven de cabellos finos, rizados y muy negros, de estatura mediana, piel negra, ojos cristalinos, labios carnosos y panza poco saliente, y creyendo el duende que ya se encontraba en profundo sueño, sacó su librito y comenzó a contar cuentos y a recitar.

Sin hacer ningún movimiento abrió de repente los ojos, giró la cabeza, y entonces la mirada de Mbalev y la del duende se cruzaron. No le dio tiempo de nada al espíritu, resulta que nunca los ojos del muchacho ni de nadie se debieron cruzar con los del mago.

El joven observó con intensidad lo gigante que se había vuelto Pichiquito, vestido con su traje tipo sotana que le cubre hasta las manos y los pies. No obstante, se fijó en su mano y vio el librito que siempre el Corazón llevaba. Al querer abrir la boca para decir algo, una gran chispa penetró en su habitación. El mago dejó caer el libro y desapareció. Muy atemorizado, pero valeroso, el muchacho se acercó al lugar donde el mago dejó caer el libro y lo tomó entre sus manos. De repente se invistió de todos sus poderes.

Antes de que el genio apareciera en la vida de Mbalev, siempre soñaba con ser un gran escritor, a pesar de la condición presente en su aldea, pero no sabía cómo podía comenzar a escribir.

Como para él el arte de escribir era tan importante, comenzó a desarrollarlo con dedicación. Ya no solía salir con tanta frecuencia de su alcoba y sus padres comenzaron a sospechar. Una tarde se despidió de sus padres y se metió en su habitación olvidando cerrar la puerta. Pasado un buen tiempo, estos se levantaron y se dirigieron también a su habitación. Observaron que Mbalev dejó abierta la puerta de su aposento, se acercó la madre para cerrarla y se llenó de pánico. Gritó y llamó con asombro a su esposo; los dos se quedaron extrañados de lo que encontraron en la alcoba de Mbalev.

Se encontraba el joven ya en profundo sueño cuando el espanto de la madre le incitó a despertar.

Ratificó a sus padres de que lo que estaban viendo era todo real. Su habitación estaba llena de libros de todo tipo, entre los que también se encontraban los que plasaban su historia y sus relatos. Comentó a sus padres la importancia de escribir, de dejar todo por escrito, y de cómo adquirió dicho arte. Estos le animaron y lo bendijeron. Al día siguiente se despidió de ellos y se marchó de casa con el propósito de ir a otras aldeas para continuar enseñando a los demás el arte de escribir.



## Un triste recuerdo

Óscar Armando Mbá

### 2º premio CCE Bata

Mi padre es un agricultor y mi madre una modista. En vida me llamaba Juana AKUM, tenía 27 años y yo era la primogénita de los cuatro hijos que tuvieron nuestros padres. Me consideraba una chica normal como cualquier otra joven, y la verdad es que me gustaba mi vida.

Una vez terminado el segundo de Bachillerato, fui seleccionada para acceder, como otros jóvenes, a una prueba de grado. Aunque yo estaba nerviosa durante la misma, sabía que todo me iba salir perfecto. Efectivamente, cuando dos semanas después salieron los resultados, aprobé con un notable, lo que supuso un orgullo para mis padres, y mis amigos no cesaron de felicitarme. La verdad es que fue para mí el día más grande y feliz de mi vida.

Mi padre sacrificó mucho por mí al invertir los ahorros de toda su vida en mandarme a estudiar en el extranjero. En correspondencia, prometí a mis padres que me dedicaría al máximo al estudio, lo que me haría salir ade-

lante, y que sería yo un ejemplo para mis hermanitos.

Así me fui a España. Pocos días después empiezo las clases en la Universidad Católica de Ávila. ¡Ay Dios, qué incómoda me siento! Aún no sé cómo funcionan las cosas aquí. Me sentía desarraigada y no tenía con quien charlar. Hasta ahora los estudios me iban bien. Mi familia me enviaba un dinerillo que no era mucho, pero sin embargo me bastaba para poder comprarme los libros, navegar por internet y multiplicar ejemplares.

Pasó un buen tiempo, ya me encontraba en el segundo año de carrera cuando conocí a Lucas, un chico de mi aula. Éste sí era de familia rica y me propuso una relación, la cual yo acepté sin vacilación. Pasamos un buen tiempo juntos sin nada serio, pero por fin me pidió la mano, no sabía cómo responderle, me quedé como una piedra y lo primero que me vino a la mente fue la riqueza; que en breve sería una chica rica y así acepté el matrimonio.

Nos casamos. No conocía a su familia, él vivía solo y cada vez que se lo preguntaba cambiaba de tema e introducía otro, pero yo sospechaba que él estaba enojado con ellos.

Todo funcionaba bien. Me quedé embarazada y de esta manera dejé de estudiar cuando justo ya me faltaba un año para completar los cuatro años de mi carrera de Arquitectura.

Me convertí en ama de casa y cada final del mes mandaba a mis padres algo de dinero, mintiéndoles que era dinero que pagaban a los estudiantes becados. De verdad no me podía quejar ya que yo tenía todo cuanto una esposa podía necesitar. Pero a veces la vida no es justa, la mía se vino abajo entonces. Todo cambió cuando mi marido, Lucas Hernández, sufrió un accidente de tráfico y murió dejándome embarazada de cinco meses. Una vez fallecido, Lucas, sus padres, sus hermanos y hermanas no quisieron saber nada de mí al carecer de información sobre nuestro casamiento, o tal vez por el color de mi piel y así me echaron de casa como una perra repugnante. ¡Os lo juro: lo primero que pensé hacer fue pegarme un balazo en la cabeza! Ya no sabía qué hacer, había perdido mis estudios, estaba embarazada de cinco meses, y para colmo, deambulaba en las calles de Ávila sin lugar donde vivir.

Una tarde me acerqué a un bar y pedí un café. De repente vino a mi encuentro un señor mayor, de estatura media, ni gordo ni delgado pero bien arreglado y bastante presentable. Éste empezó a decirme lo guapa que era, me pidió un sitio en la mesa y charlamos amigablemente un buen rato sobre ciertas cosas y entre ellas, lo que me estaba pasando. Él se apiadó de mí y me dijo que me alojara con él mientras yo buscaba un empleo, minutos después me llevó a su casa y me ofreció una habitación.

Al cabo de un tiempo fuimos encariñándonos y llegamos a enamorarnos. Nació mi hijo y él se hizo cargo

de todo, de la ropa y la alimentación, por citar algunas cosas. Yo estaba segurísima de que la vida me daba otra oportunidad. Antonio, mi nuevo novio, tenía una tienda de ropas y yo me encargaba de venderla mientras él se encontraba en su trabajo. Por fin volví a quedarme embarazada, él me atendía correctamente y nada me faltaba.

Señores, ¡la alegría no dura en la casa de un pobre! A mi novio le surgió una propuesta de trabajo en otra ciudad y me aseguró que el viaje duraría sólo un mes que no me preocupara de nada -añadía-. Transcurrió un mes y a mí me faltaban noticias de él. Yo pensaba que a lo mejor se le había complicado el proyecto y vendría el mes siguiente, pero todo resultó un cero. Pasaron seis meses más y yo seguía sin tener noticia de mi marido. Así un día me trasladé a su empresa para ver si ellos tenían noticias de él, y por desgracia, le habían cambiado de destino. Volví a casa, me puse a llorar copiosamente y me preguntaba, Señor ¿qué mal pude haber hecho para que me abandonara mi marido?

Tenía ya un crío, estaba embarazada, la tienda cerrada y él era quien la abastecía y pagaba el alquiler. Mi amor me dejó sin nada, prácticamente vacía, ¡pobre de mí!. Sólo me quedó una opción: abortar. No podía con dos hijos. Pedí ayuda a una vecina concubina, la cual se compadeció de mí y me prometió buscar un trabajo mientras que me quedaba viviendo con ella. Por suerte, ella logró un empleo para mí en el club donde trabajaba, pero en el turno de la noche. ¡Qué iba hacer, a buen hambre no hay pan duro!

Como dije antes, ¡la alegría no dura en la casa de un pobre! La pareja tenía planes de viajar al campo para conocer a los padres del novio antes de colocarse los anillos. Aunque en el fondo yo sabía que eso suponía el punto de partida de mi nueva frustración, yo me puse a felicitar a mi amiga. Se fueron los novios y me dejaron la casa, yo misma pagaba el alquiler, ¡cosa que agradezco profundamente!

¡Cosas de la vida! Una tarde, en una charla con una de mis compañeras de trabajo, ella me explicaba que se ganaba la vida de otra manera. Y yo, obsesionada por saberlo, no paraba de hacerle preguntas hasta que me manifestó la verdad: me dijo que practicando la prostitución se ganaba mucho más dinero de lo que nos pagaban por el trabajo. Me detuve a reflexionar un rato sobre mi situación y decidí al final practicar el mismo oficio con el que ella se ganaba la vida, la prostitución. A partir de entonces todo iba bien, empezaba a recobrar mi vida y ahorraba mucho, pero toda decisión tiene sus consecuencias.

Un tiempo más tarde, ya me notaba que me faltaba la salud, caí muy enferma y fui al médico. Éste me hizo las analíticas y resultaron positivas, esto quiere decir que yo había contraído el SIDA. ¡Oh Dios! La primera idea que me vino a la mente fue cómo comunicárselo a mis familiares, realmente no sabía cómo explicarlo. Volví a mi casa y una vez en ella me puse a llorar copiosamente. Me sentía entonces como si se me hubiera caído el mundo

encima, como si todos me atribuyesen la culpabilidad y así me puse mucho más grave antes de visitar al médico, lo que habitualmente les pasa a los enfermos de SIDA. Ya es hora de volver a mi país, dije resignadamente en mi interior. Sin ver más esperanza en la vida, hice las maletas y regresé a mi país con mi hijo, mis ahorros y mi...

Según llegamos, como cabía esperar, lo primero que me preguntó mi padre fue por el diploma de mis estudios. Quedé un rato sin pronunciar palabra pensando en una posible respuesta, ¿cuál iba ser? pues una mentira: ¡Ay, se me olvidó cuando preparaba los equipajes! Al parecer, la respuesta no logró convencer a mi padre quien replicó preguntando cómo iba yo trabajar sin ese diploma. Entré en mi cuarto sin ganas de responder a esta última pregunta. Conforme pasaban los días y las semanas, mis padres sospechaban de mí porque cada cierto tiempo tenía que visitar a los médicos.

Un día, Sara, una antigua amiga mía, vino a visitarme pero no me encontró en casa sino a mi madre preparando la comida. Sara empezó pidiendo disculpas por el dolor que mi familia estaba pasando, una enfermedad como esa no era nada fácil para un padre de familia. Por supuesto, mi madre no entendía nada de lo que estaba diciendo mi amiga Sara sin embargo, como ya venía sospechando preguntó a mi amiga si sabía lo que yo iba hacer al hospital frecuentemente. Y mi amiga sin darse cuenta, respondió a mi madre en los siguientes términos: que su hija iba frecuentemente al hospital a recibir la medicación



de SIDA ya que allí eran gratuitos. Mi madre, paliducha, vociferó ¡quéeeee! ¡*abot bam!*<sup>1</sup> ¡nooooo, nooooo!. Al instante Sara se dio cuenta del error que había cometido y salió precipitadamente.

Llegué muy cansada a casa. Fui a buscar empleo pero no conseguí nada. Mi madre estaba esperándome intranquila en un sofá, llamó a mi padre y le dijo: Juana tiene algo que contarnos. Sinceramente no me imaginaba que mamá ya sabía de mi enfermedad, quise mentir pero ella tomó la iniciativa de contarle a mi padre que una amiga vino a buscarme y sin querer, dijo que yo tenía SIDA. Me puse a llorar, mi padre me obligó a darle explicaciones y por fin narré todo cuanto me había pasado en mi viaje en el exterior.

Mi padre no perdió tiempo, se precipitó sobre mí y empezó a pegarme diciendo que yo era la vergüenza de la familia, que saliera de su casa y que no podía cuidar a una prostituta; todos los esfuerzos de mi mamá por contener la ira de mi padre resultaron inútiles. Con razón, no traje lo que mis padres deseaban, no presenté lo que debía haber presentado ¡Él tenía suficiente razón, él había perdido su dinero en vano, toda su hacienda con la mente puesta en el progreso de la familia! Me fui corriendo a mi habitación y cerré la puerta, cogí mi libreta y empecé a redactar esta historia con lágrimas brotando de los ojos. Yo no estaba en condiciones de seguir sufriendo

1 1. Expresión que se puede traducir como ¡madre mía! (en lengua fang) pero literalmente quiere decir mi gente.

más, no podía con esta situación.

Hay recuerdos que se convierten en lágrimas. Cada letra que escribía era una lágrima derramada, ¡ojalá pudiese volver a los tiempos remotos! ¡ojalá no hubiese abandonado mis estudios! Todas las promesas que les hice a mis padres se derrumbaron, no tenía ninguna gana de seguir viviendo.

Las reflexiones que siempre me hacía eran las siguientes: si no hubiera dejado mis estudios, si hubiera cumplido yo con la promesa que en su día hice a mi familia, si hubiera tenido una meta bien clara y trazada, no me hubiera pasado todo cuanto me sucedió. De veras, ¡el error fue mío! Ya no me queda otra opción, ahora me voy y me voy para no volver. Padre, madre ¡lo siento mucho, cuidado a mi hijo! Éste será mi representación cuando yo ya no esté, no lo marginéis, no tiene la culpa de los errores que cometió su madre; por favor, cuidaos de él ¡ADIOS!

# El hombre de mi vida

Esperanza Laplata Nena

## 3º premio CCE Malabo



El reloj que había en la pared del fondo marcaba las cinco y diez de la tarde, le había echado un vistazo porque la jornada estaba siendo muy aburrida. Hacía cuatro horas que entré a trabajar y sólo había atendido a una docena de clientes, si acaso. Estaba detrás del mostrador, preparando el café que me había pedido la mesa número cinco. La cafetería El Mosaico tenía un salón interior climatizado, con diez mesas, y una terraza con cuatro mesas tan apiñadas, que cuando estaban completas, nos costaba mucho esfuerzo servir a las mesas del fondo; una puerta de dos hojas con vidrieras, separaba las dos estancias; el cristal templado de la hoja corrida, permitía vislumbrar la silueta de la persona que iba a acceder a la sala interior.

Levanté la vista hacia la puerta y observé una silueta en el exterior de la puerta, su indecisión me llamó la atención; pero al cabo de unos segundos, que me parecieron varios minutos, la manilla de la puerta giró, y en el hueco de la puerta quedó al descubierto un caballero de buen ver,

vestía unos vaqueros ceñidos de marca, una camisa blanca de seda, remangada hasta la altura de los codos, mocasines de color marrón claro, en la muñeca derecha lucía un reloj de esfera grande y correa de caucho rojo. El caballero parecía despistado, echó una mirada rápida a la estancia, antes de dirigirse a mi compañera que estaba recogiendo la mesa tres.

- ¿Puedo sentarme en la terraza?

Por el acento de la voz me di cuenta de que el caballero venía de España, eso acentuó mi interés por observarle. El color de su piel era de un tono claro, refinado; llevaba unas gafas de concha de color miel que hacían juego con el color de su piel, llevaba el pelo muy corto; el conjunto de su rostro mostraba cierto aire de seguridad en sí mismo. Sin pretenderlo, me vino a la memoria los personajes que veía en las películas americanas. El caballero giró sobre sus pasos y se dirigió a la terraza, a través de los cristales de la ventana observé que se había sentado, después de dudar un momento, en la mesa del fondo.

Lupe, mi compañera, había acabado de recoger la mesa tres, ese día le tocaba atender a las mesas de la terraza y ayudarme en el salón cuando no tuviera clientes. Se acercó a la barra para recoger el block de las comandas; yo seguía con los dos cafés que me habían pedido la pareja de la mesa cinco. La máquina parecía expender el café mucho más despacio que en otras ocasiones, todavía estaban cayendo las últimas gotas de ese café más negro que la noche. Sentí la necesidad de que tenía que actuar

con rapidez, casi de forma instintiva. Tiré del talonario de comandas cuando Lupe ya tenía los dedos posados sobre él, con un gesto serio le dije:

- Sirve los cafés de la cinco, yo voy a tomar nota al señor de la terraza.

Lupe me miró sorprendida y confusa, con esos ojos grandotes y esa mirada estúpida que ponía cuando nos burlábamos de ella; era extremadamente delgada, llevaba unas extensiones rastas que se las había puesto al menos hacía cuatro o cinco meses, y habían perdido su brillo, todas las empleadas del Mosaico sabíamos que la higiene de Lupe dejaba que desear. Ella era con la que mejor trato tenía yo elegida como compañera de turno durante ese mes. Su uniforme presentaba manchas por todos lados, no me cansaba de decirle que lo pusiera a lavar por las noches cuando llegaba a casa, para que a la mañana siguiente estuviera seco y pudiera plancharlo, pero no me hacía caso.

Antes de que Lupe dijera nada, abandoné el mostrador en dirección a la terraza, abrí la puerta y me quedé parada unos segundos, mirando a izquierda y a derecha. Me dio tiempo a saludar a la vecina que vendía prendas

al lado del Mosaico; luego, como si en ese momento me hubiera dado cuenta de que había un cliente, me volví hacia él y me acerqué a su mesa con paso lento. Noté que tenía toda su atención concentrada en mí, tuve la sensación de que me estuviera haciendo una radiografía. Esta sensación me desequilibró durante un lapso de tiempo, pero rápidamente, retomé el control.

- ¿Qué le puedo servir?

Pregunté con el bolígrafo entre los dedos, la mirada posada en el block de comandas, aunque de reojo, por debajo del corte de pelo a lo Cleopatra que me había hecho hacía una semana (mucha gente me había dicho que me sentaba muy bien).

El caballero me dedicó media sonrisa, no pude adivinar si era una sonrisa o simplemente una mueca de asentimiento.

- Una San Miguel botella muy fría.

Respondió mirándome a los ojos. Su mirada era cálida y sosegada; de cerca era mucho más atractivo, y me había encantado la expresión de su mirada. Iba a volverme para cumplir con el pedido, pero sentí la necesidad de seguir hablando con él.

- ¿No quiere nada de comer?

Pregunté, esta vez me atreví a sostener su mirada durante unos segundos. Su sonrisa se hizo más amplia y pude entrever en su boca una dentadura perfecta.

—No, no quiero nada de comer.

Respondió rápidamente. En vista de que poco más podía decir para seguir hablando, me volví y entré al establecimiento para servirle el pedido.

Me encontré a Lupe detrás de la barra con cara de pocos amigos. Me dirigió una mirada chispeante y me dijo que no yo respetaba los acuerdos, que siempre quería quedarme con lo mejor, y patatín y patatán, pero yo no le hacía ningún caso, me había afanado en encontrar la San Miguel más fresca que hubiera en el cofre de las bebidas. Tomé la que me pareció más fría y volví a la terraza.

Le serví la bebida a mi cliente y me dio las gracias, cosa poco habitual en este local. Deseaba que me retuviera con alguna cosa, pues le había servido y ya no tenía nada que hacer en esa mesa. Me giré con toda la lentitud que pude, sin que con ello revelara mi interés por permanecer al lado de mi cliente. Ya estaba pensando en que no había despertado el suficiente interés en ese caballero, cuando escuché su voz diciéndome:

— ¿Sabes que tienes un color muy bonito?

Sentí un tremendo alivio, y creo que mi interlocutor se dio cuenta de la emoción que sentí al escuchar esas palabras; pero no debía demostrarlo, me vino a la memoria unos consejos que me había dado mi amiga Mama, que estaba muy experimentada en eso de conquistar los corazones de los hombres. Ella decía, “cuando te interesa un hombre, debes mostrarte indiferente, eso les provoca indignación, considerando un reto tu sumisión a su voluntad”, pensando en todo eso, giré la cabeza, dejando bascular el flequillo que cubría mi frente, respondí:

—Me lo dice mucha gente.



Él sonrió como si ya conociera la respuesta que le había dado. Me gustaba su sonrisa, apenas distendía los labios, pero sus ojos se volvían extremadamente expresivos, era como si en lugar de sonreír con los labios, lo hiciera con los ojos.

— ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Reina.

— ¿De dónde eres?

—De Annobón.

Así comenzó la batería de preguntas a las que me sometió mi interlocutor. Al principio me pareció un mecanismo de entablar conversación, pero luego, a medida que se fueron haciendo más personales las preguntas, empecé a sentirme incómoda, ¿Por qué preguntaba tanto? De cuando en cuando, entraba al local, para no abusar de Lupe, pero volvía a salir en cuanto podía, por mi propia voluntad, o porque él me reclamaba para servirle otra cerveza.

No sabría decir cuánto tiempo duró esa situación, pero aseguro que fue bastante, porque yo ya había agotado todas mis poses; a él también se le notaba con al menos una cerveza de más. Entonces me pidió la cuenta; cuando se la presenté, abonó la cuenta dejándome una buena propina que me apresuré a guardar, no había costumbre de reunir todas las propinas y luego repartir por igual, solo en caso de que te llevaras bien con otra compañera, podíais compartir vuestras propinas. Después me dijo, con expresión enigmática:

—Esta noche te escribiré un poema y mañana por la tarde, te lo traeré, así tengo la excusa de volver a verte.

—De acuerdo, aquí estaré.

No estaba muy segura que mi cliente volviese al día siguiente con el poema. Pero bueno eso no me preocupaba en absoluto, lo que tenía claro era que deseaba que volviese. Se despidió de mí y subió a un todoterreno que había aparcado en frente del establecimiento, perdiéndose de mi vista en el cruce que había a unos quinientos metros del Mosaico.

A las cinco y diez de la tarde del día siguiente, mientras yo estaba en la puerta de entrada al local intercambiando algunas palabras con una señora que tenía su negocio al otro lado de la carretera vi llegar al todoterreno en el que se había ido mi enigmático personaje. No sabía ni siquiera como se llamaba pues no se me ocurrió preguntárselo. Cuando le vi al volante, moví la cabeza haciéndome la despistada, para posar mi mirada en la vecina y hacerle una gracietta que reímos a corro; entré al local antes de que él descendiera de su vehículo, no quería que se diera cuenta de que había estado esperando su llegada.

Observé, a través de las vidrieras, que se dirigió a la misma mesa que el día anterior. Pasados unos minutos, me dispuse a salir a la terraza; ya había acordado con Lupe que esa tarde me ocupaba yo de la terraza, previo haber repartido con ella mi propina del día anterior, que sino, igual me la liaba.

- Hola Reina, ¿qué tal?

Me dijo, en cuanto me vio salir, con esa sonrisa bonachona que exhibía siempre, y que tanto me atraía.

- Bien, aquí trabajando.

Respondí, para después pensar, 'qué vulgaridad, todo el mundo dice lo mismo, podía haber usado otra frase', pero era tarde, ya lo había soltado.

- ¿Qué te sirvo?, ¿Lo mismo de ayer?

Pregunté rápidamente, para superar el momento, empezaba a sentirme un poco nerviosa.

- Si

- ¿Hoy tampoco quiere nada de comer?, tenemos una cocinera que prepara unos platos estupendos.

Le animé, pero era de ideas fijas, difícil de convencer, así que entré a por su San Miguel botella bien fría.

A la vuelta, observé que había sacado una hoja plegada de su bolsillo, después de que le sirviera, extendió el brazo y me entregó el documento diciendo:

- Este es el poema que he escrito para ti, cuando lo leas ya me dirás que te ha parecido.

- De acuerdo.

Respondí, volviendo a entrar al local, llena de curiosidad por saber que contenía esa hoja.

Detrás del mostrador, me faltaban manos para desdoblar la hoja, el corazón me latía a cien.

Cuando lo conseguí, leí rápidamente lo que decía:

*“Se llama Reina, reina de Annobón  
es de un negro intenso, de ébano*

*ojos grandes, expresivos y rasgados  
unos firmes pómulos matizan su rostro.*

*Deberíais hacerla sonreír, para observar  
la belleza de su cándida sonrisa real  
en la que participa su pícara mirada  
descubriendo su blanca dentadura real.*

*Su precioso negro me cautivó  
la primera vez que la vi posada  
en la puerta del café El Mosaico  
con porte y altura que gastan reinas.*

*Dice ser reina, reina de Annobón  
mas creo que también de corazones  
reina es, cuando se lo propone  
sin que le cueste esfuerzo alguno.*

*Desde que le contemplaron mis ojos  
no he dejado de acudir al Mosaico  
siempre y cuando que he podido  
a loar a la reina de Annobón*

*Sus cabellos bajo peluca oculta  
peluca todavía más negra  
que el negro de su tez preciosa  
quizá para su estirpe ocultar*

*Mi amiga es reina, reina de Annobón  
que expresa con casta y orgullo  
en prácticamente todos sus gestos  
mi amiga es reina, reina de corazón.*

*Mi amiga es Reina, como la de verdad  
mira con cariño y mucha benevolencia  
es a la par tan distante como cercana  
y muy sutil, como las reinas de verdad.*

*No ofrece la mano para que sea besada  
ni porta corona de oro, diamantes y perla  
ni tiene cetro con el que ordenes dar,  
pero es una reina, reina de verdad.”*

Después de leer el poema, mi poema, supe que había encontrado al hombre de mi vida.



## La triste realidad

Juan Sima Obama

**3º premio CCE Bata**

En un pueblo llamado Mosogo, situado a cinco kilómetros de Akurenam, vivía un hombre llamado Obama Ona. Tenía un hermano llamado Ndong Ona. Obama Ona tenía doce mujeres y, entre ellas, había una que era poco fecunda. Las demás tenían más de diez hijos cada una, mientras que ella sólo tuvo dos: un varón y una mujer.

Ndong Ona, su hermano, era estéril, por lo que Obama Ona decidió regalarle un hijo ya que no podía tenerlos. Para la época en la que ocurre nuestra historia éste era un gran regalo ya que un hijo varón era la mayor riqueza que un hombre podía tener porque aseguraba la continuidad de tu apellido. Y el hijo que le regaló fue el de la mujer que sólo tenía dos hijos. Ésta no quería que le regalara su hijo y pensaba que con la cantidad de hijos que tiene ¿por qué precisamente va a regalarle el mío? Pero, en ese tiempo, la mujer no tenía ni voz ni voto por lo que no podía hacer nada. Así que, cuando cumplió siete meses, fue arrancado de los brazos de su madre para irse a los brazos de su tía. Poco tiempo después, sus nuevos

padres le bautizaron poniéndole el nombre de Apolinar Ndong Ona.

Cuando el niño creció y le llegó el tiempo de ir a clase tenía que recorrer diariamente diez kilómetros porque asistía en Akurenam. En la escuela, sus hermanos le tenían una gran manía, cosa que Apolinar no comprendía ya que no vivía con ellos. Pasaron los años y, después de cursar el Bachillerato, el muchacho entró en el Seminario. Un año después, los superiores lo enviaron a Camerún para estudiar teología. Fue en Camerún donde fue ordenado pastor de la Iglesia Evangélica Cruzada.

Apolinar tenía algo que a la gente no le gustaba. Lo que había pasado con sus hermanos volvió a pasar con sus compañeros del seminario que hicieron lo posible para que lo expulsaran: le imputaban cosas que no había hecho, le acusaban injustamente. Lo mismo ocurrió en Camerún.

Regresó al país el diez de octubre de 1927 y fue nombrado pastor moderador de la parroquia de Akurenam. Y, de nuevo, se encontró con el mismo problema. Los pastores que se hallaban en el distrito lo discriminaban, lo insultaban e incluso llegaron al extremo de amenazarlo.

Es costumbre en estas iglesias que el pastor tenga una esposa. Así que Apolinar se casó con Margarita



Eyenga Ndong, una mujer que también había tenido una vida semejante a la de Apolinar: a ella no la regalaron pero también la odiaban sus hermanos. Y esto era porque su madre tenía la prohibición de tener una bebé. Ella había tenido sin problemas nueve hijos varones. Pero, al nacer Margarita, murió en el parto. Y sus hermanos le echaron a ella la culpa. Le llamaban la asesina de su madre. Su padre estaba casado con otra mujer y, ésta, era la que más fomentaba el odio contra Margarita. De hecho, al morir la madre en el parto, el padre le había pedido a la otra mujer que se encargara de criar a la niña y ésta había respondido que primero muerta, que lo mejor para la niña era asfixiarla hasta que muriera para que se fuera a encontrar con su madre. Su marido le suplicó pero era tan terca que no dio su brazo a torcer. El pobre hombre, cansado de suplicar, ya no sabía qué hacer. ¿Cómo iba a matar a su propia hija? Entonces decidió llevarla a un poblado del distrito de Akurenam donde la iglesia evangélica tenía un orfanato.

El padre de Margarita emprendió el viaje. Tenía que recorrer setenta kilómetros a pie, ya que los vehículos no llegaban a esos poblados del interior. A los pocos kilómetros, la niña se puso a llorar. La caña de azúcar que chupaba se había acabado y la niña tenía hambre. Todavía quedaba mucho camino por delante. A los 40 kilómetros se encontró con el pueblo de Ebian. Como la niña seguía molestando se fue derecho a la Casa de la Palabra para pedir ayuda. Además, él estaba también agotado y muerto de hambre. Los ancianos del poblado le preguntaron

que a dónde se dirigía y por qué él estaba cuidando la niña (en ese tiempo era considerado imperdonable y un pecado mortal que un hombre cargue con un bebé pues este hombre era considerado como una mujer con respecto a los demás hombres y era expulsado del pueblo). Los ancianos le dijeron que pasara allí la noche para descansar y recuperar las fuerzas, ya que todavía le quedaba un largo camino. Los ancianos buscaron también a una mujer que le diera el pecho a la pequeña Margarita. El hombre se levantó muy temprano porque no podía dormir. Después de desayunar y recoger a la niña siguió su camino, no sin antes agradecer a los ancianos su hospitalidad. Casi al finalizar esta jornada llegó al orfanato. Inmediatamente se entrevistó con el director que era un canadiense de nombre Francisco Chapman. El director le admitió y el padre se volvió a casa con dos dudas: Por una parte, saber si su hija estaría bien y, por otra, con la duda de no saber si volvería a ver a su hija.

Años después, Margarita era ya toda una señorita. Había aprendido en el orfanato muchas cosas en lo que llamaban la enseñanza social (cómo debe portarse, vestirse, atender a su marido, cuidar de los hijos...). En ese tiempo las muchachas no iban a la escuela. Y en aquella parroquia-internado fue donde se conocieron Margarita y Apolinar. Y se conocieron en una tarde en la que Margarita estaba intentando partir un tronco de árbol con muchas dificultades y, en ese momento, salía el joven pastor del culto. Haciendo esa labor la vio Apolinar y quedó prendado de ella. Se acercó como un buen caballero

para ayudarlo y Margarita, al verlo, quedó impactada por el joven. Pasaron unas semanas en las que Apolinar trató por todos los medios de enamorar a Margarita. Al final la muchacha accedió y comenzaron un noviazgo en secreto. Pero cuando Apolinar decidió por fin, hacer las cosas en serio y pedir la mano de la muchacha se enteró de un gran inconveniente. Le explicaron que Margarita ya está comprometida con otro hombre. Lo que no le explicaron es que la comprometieron cuando la muchacha era muy niña y que ni ella misma lo sabía. El pastor pensó que Margarita le estaba utilizando y, sin hablar con ella, pidió un cambio de destino. Se lo concedieron y se marchó a su nuevo destino sin despedirse. Y se marchó sin saber que Margarita estaba embarazada y sin darle la oportunidad de explicarle las cosas.

Tres meses después llegó a la misión el hombre con el que estaba comprometida. Al verla embarazada rompió el compromiso y reclamó la dote (nsua) que había pagado por ella: 2.500 ekueles (peseta guineana). Los tutores, al ver esta situación, decidieron expulsar a Margarita porque creyeron que no podía ser que, además de devolver la dote tuvieran que correr con los gastos de alimentación de la muchacha y su hijo. Y la despidieron insultándola: "Menuda familia vas a formar con un bastardo que tiene un padre sin honra".

Margarita salió de la misión y se puso a buscar trabajo. No era fácil porque estaba embarazada. Después de mucho buscar entró en una casa en la que, por comida y alojamiento, le encargaban lavar la ropa y ayudar en la finca. Pero la dueña la expulsó al poco tiempo, fundamentalmente

porque tenía celos de ella por su marido. Salió de la casa y, afortunadamente, consiguió pronto trabajo en otra.

Un mes después murió el tío-padre de Apolinar y éste debió ir al entierro a Akurenam. Allí se enteró de toda la verdad sobre Margarita. Arrepentido la buscó por todas partes hasta que la encontró. Le pidió perdón entre lágrimas y, cuando ella le dijo que el hijo que esperaba era suyo, de nuevo volvió a llorar (y ahora con un sentimiento fuerte de culpabilidad). Treinta días después se estaban casando. Y, precisamente durante la ceremonia, le llegaron los dolores de parto a la muchacha. Y, aunque Margarita tenía miedo de morir como su madre, todo salió bien. Y, en el transcurso de los años, tendría otros nueve hijos más.

Un día estaba Apolinar hablando con su verdadero padre y le preguntó:

-Padre, de tantos hijos como tenías, ¿por qué precisamente me regalaste a mí?" Y el padre respondió:

-Porque tú eras diferente a tus hermanos".

-¿Sólo por eso?, ¿acaso todas las personas son iguales?"

-Pero es que tú naciste vacío".

Apolinar estuvo reflexionando sobre esta respuesta porque no la entendía. Al final, fue a consultar a un anciano que le dijo: "Ser vacío significa no tener evú (hechizo). Es decir, no tienes la fuerza motivadora que te hace conocer la brujería ni la magia oculta. En cambio, tus hermanos sí la tienen. Por eso a ti no te quiere. Tú y tu familia sólo le servís como ganado. Sois como cabras u ovejas y él es un lobo hambriento que cuando quiere devorar una oveja lo hace".

El muchacho no podía creer lo que estaba escuchando. Su padre no lo quería. Esto le hizo mucho daño. Estuvo pensando en todo lo que había pasado y le empezaron a encajar las piezas. Después de hablar con el anciano, Apolinar y su familia abandonaron el pueblo de Mosogo para no volver jamás.

Pero la brujería no conoce de distancias. Da lo mismo que estés en Madrid, en París o en Bata. Siempre te alcanza. Primero murió su séptimo hijo de una enfermedad rara. Lo curioso es que, unos días antes, Apolinar había tenido una pesadilla en la que su padre apuñalaba al hijo que murió. Entonces Apolinar se acordó de lo que le había dicho el anciano de que para su padre él y su familia eran sólo como ovejas. Aunque le resultaba difícil de creer sentía que era verdad. Cuatro meses después otro de sus hijos se volvió alcohólico de repente y, según las curanderas, alguien le había echado algo en la bebida para controlar su mente. Pero lo que confirmó todas las sospechas de Apolinar y Margarita fue lo que sucedió unos años más tarde.

Los Superiores de la Iglesia Evangélica Cruzada querían nombrarle coordinador general de la iglesia Evangélica, ya que era un pastor obediente a Dios, humilde y trabajador. Para coger el nombramiento, Apolinar debía ir a Ebebiyin. Se montó en su moto y salió hacia allá. Pero su padre y otros pastores envidiosos habían contratado a un hombre para que lo matara. Este hombre conducía una camioneta y venía en dirección opuesta a la

de Apolinar. Llevaba mucha velocidad y fue a chocarse contra la moto de Apolinar. Aunque éste lo esquivó, perdió el control de la moto y chocó contra un árbol. A consecuencia del impacto, el pastor murió en el acto. El asesino llegó hasta donde estaba para comprobar que había muerto y huyó. El conductor de un coche, que pasó a los pocos minutos por el lugar, se acercó a Apolinar y, después de comprobar que había muerto, dio parte a las autoridades.

Margarita, que había viajado unos días antes a Ebebiyin, estaba esperando a su marido, pero lo que llegó fue un ataúd.

## Cartoneras

## Guinea escribe



**WEB:**  
[www.ccebata.es](http://www.ccebata.es)

**FACEBOOK:** Centro Cultural Bata

**TWITTER:** @CCEBata

**WEB:**  
[www.ccemalabo.es](http://www.ccemalabo.es)

**FACEBOOK:** CCE Malabo





